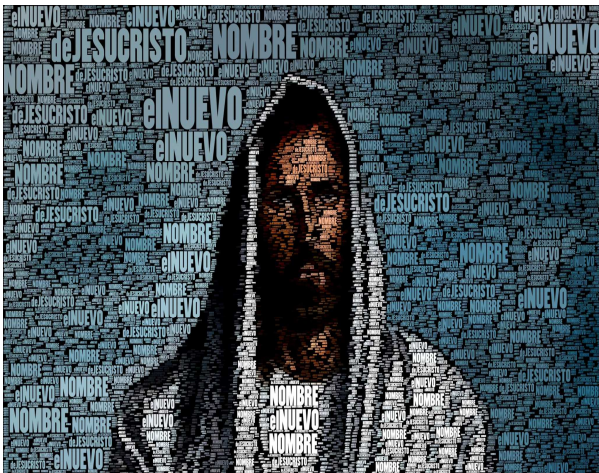


## ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Ese hombre, es Dios

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 1, 29-34 (2º Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo A – 15 de enero de 2017)



Un hombre, Jesús de Nazaret, se encamina hacia nosotros y Juan Bautista anima nuestra curiosidad. Dice: ese hombre viene detrás de mí, pero existía antes que yo. ¿Cómo no pensar en el prólogo de San Juan? “Al principio existía el Verbo”. ¡Qué misterio! Un hombre diciendo de otro hombre: viene detrás de mí, pero estaba delante de mí. Juan Bautista confiesa con claridad: “Yo no lo conocía”. Sin embargo, Jesús era su primo.

También nosotros, hasta el final de nuestra vida, nos veremos obligados a decir: no lo conocía. Siempre se nos escapará algo de esa persona tan maravillosa y que con insistencia nos invita para que vivamos de una manera que nos haga plenos y nos ayude a hacer plena la vida de los otros: el Verbo hecho hombre; Sin embargo, el evangelio se nos ha dado para conocer a Jesucristo de manera que podamos vivir con él y en él.

Juan Bautista nos ayuda a tomar el primer contacto mediante una definición bastante desconcertante: “Este es el cordero de Dios”. No es ése nuestro lenguaje y corremos el peligro de repetir esto demasiado maquinalmente. ¿Qué nos dice esto de Jesús? ¿Inocencia, mansedumbre? Sí, pero también sangre y victoria. Inocente, tomó sobre sí el pecado de todos y nos libró de ese peso que achica el horizonte de nuestra vida. “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

¡Extraordinaria certeza! Una de las que deberían hacer explotar nuestro gozo de conocer a Jesús y de creer en él. Gracias al cordero es posible ser liberados del pecado. El pecado existirá siempre: es la cara oscura de nuestra libertad; caemos, pero Jesús puede siempre ponernos de nuevo en camino: la salvación está en ese **siempre**. El pecado sigue siendo una realidad, un incidente en nuestro recorrido, pero nunca una fatalidad o una prisión pues sabemos que después de nuestro pecado habrá remisión mientras tengamos confianza y creamos que de verdad Jesús, cordero de inocencia y misericordia, quita el pecado.

Juan habla del poder de Jesús, de poder para quitar el pecado. ¿De dónde le viene el poder? Sin duda de su ser Hijo. Lo dice la palabra tan misteriosa: “Existía antes que yo”. Era antes de Juan Bautista, existía antes que cualquier hombre, es aquel que es, el que era y el que viene. Palabras para definir al ilimitado, al indefinible. “He visto, dice Juan Bautista, al Espíritu bajar del cielo; y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios”.

Hubo una vez un hombre que se acercó a los demás hombres, y ***ese hombre era Dios***. Ante una afirmación tan enorme, los no creyentes levantan los hombros con escepticismo. Es comprensible.

Lo que es incomprensible es la reacción de algunos creyentes. Hay algunos por los que esta afirmación pasa rozando sin quemar su corazón ni su vida: siguen viviendo al margen de Jesús. Han leído el evangelio, pero sin encontrarse con Jesús. Hay otros que se han encontrado de verdad con él y que sueñan con vivir un gran amor con él. Leen un montón de libros, buscan su trato en la meditación del evangelio y en la oración, dicen: “¡Señor, Señor!”, pero permanecen ciegos y paráliticos ante el compromiso fraterno, poco conscientes de su tarea en favor de los demás. Y hay otros, espero los más, que dicen también: “Señor mío y Dios mío”, y llevan con Cristo una vida de entrega fraternal, de servicio a la fe y a la justicia y, sobre todo, tratando de que su vida esté marcada por la experiencia de Jesús. Para ellos, él es ciertamente el Hijo de Dios.